

LOS ADULTOS POSIBLES

En búsqueda de nuestros sentidos

*“...Madurez del
hombre adulto: significa haber reencontrado la seriedad que de niño tenía
al jugar.”*

Friederich Nietzsche
(Filósofo alemán)

¿Qué implica ser adulto?

En la segunda mitad del siglo XX, los adultos perdimos las últimas esferas celestes que parecían ser nuestro apoyo en el Universo. Las figuras parentales dejaron de ser el modelo a imitar, las grandes religiones fueron cuestionadas, las ideologías condenadas a muerte...

Las mujeres ya no pudimos apoyarnos totalmente en los hombres, cuya imagen se había deteriorado, y los hombres perdieron cohesión para apoyarse entre sí. ¿A qué aferrarse?

Frente a esto, algunos intentamos congelar el tiempo y seguir imitando modelos que ya no se adaptan a la realidad y por ello, muchas veces, generamos violencia... Otros, (unos cuantos), hemos optado por “a divertirse que se acaba el mundo” y nos subimos al tren del consumo de todo, de lo que sea, con o sin fondos para financiarlo. Esclavos de nuestras deudas, vivimos a gran velocidad porque, al detenernos, sentimos vacío y angustia... Otros tantos, nos aferramos a “libros de autoayuda”, al tarot, a la astrología y a los inciensos tratando de buscar apoyos que nos alivien en la dura tarea de tomar y asumir nuestras propias decisiones... Y así podríamos seguir describiendo distintas modalidades de dar respuesta a la pregunta anterior: ¿A qué aferrarse?

Pero no se trata de encontrar a qué aferrarse, sino de aceptar que **NO hay de qué aferrarse** si lo que se espera encontrar es un modelo claro y preestablecido. Se puede creer en la ciencia, se puede tener fe religiosa, pero no podemos dejar de aceptar la falta de apoyo si por tal se entiende el tener recetas para vivir o esferas que sostengan el Universo. Si los planetas giran en sus propias órbitas ¿por qué necesitaríamos los adultos bastones para andar por la vida?

Haber creado modelos rígidos y haberlos imitado consciente o inconscientemente durante siglos nos hizo creer que era “natural” tenerlos. Haber crecido guiados por consignas férreas nos llevó a ser ingenuos seguidores de directivas. La sensación de vacío que dejó esta pérdida es grande. Pero ¿es una pérdida real? La ausencia de modelos rígidamente impuestos es la oportunidad para vivir con libertad. Tomar conciencia de esto debería ser una experiencia liberadora, que provocara la sensación de ser dueños de nuestras propias vidas, capaces de “armarnos” a nosotros mismos sobre la base de lo que hemos recibido y lo que la realidad nos ofrece, sin tener que imitar un modelo único.

Pero esto, seguramente, puede generarnos mucha angustia...

Ser libre provoca un conflicto, es una “condena” al decir de Sartre... Entonces, muchas veces para no tener que tolerar la angustia y el miedo que nos genera el ejercicio de la libertad, optamos por diferentes salidas: el autoritarismo para someternos a quien nos mandara para evitar autogobernarnos; la destructividad, que podíamos ejercer sobre cosas o personas; o la conformidad automática, tomando sin análisis, sin filtro propio, elementos culturales para definirnos, es decir, masificarnos y no tener un yo propio.

Y he aquí lo más importante: EN ESE MIEDO A LA LIBERTAD TAMBIÉN SE ALOJABA LA EVASIÓN DEL ROL ADULTO...

Ahora bien, recuperemos la pregunta que da título a este apartado **¿QUÉ IMPLICA SER ADULTO?**

Como dijimos anteriormente la crisis del modelo clásico de adulto permitió la aparición de muchas variantes: adultos tradicionales, adultos inseguros, adultos adolescentizados...

Pero ¿qué define al adulto? Silvia Di Segni Obiols lo plantea de esta manera: **“Quizás todo se reduzca a dos cuestiones muy sencillas de enunciar y muy complicadas de lograr: admitir la orfandad y superar el narcisismo infantil” (2002:174)**

Los adultos debemos aceptar nuestro rol de “dadores” y renunciar al de “receptores” que hemos venido desempeñando como hijos. Nuestros padres se han hecho cargo de nosotros hasta nuestra adolescencia o juventud y a partir de allí, al emanciparnos de la familia en la que nacimos y formar la nuestra propia, deberíamos aceptar que ya no somos más hijos en el sentido de que “alguien se tiene que hacer cargo de mí” (**por eso lo de orfandad**), sino que yo debo hacerme cargo de mí mismo, de mis hijos y también de mis padres, en la medida en que acepto su envejecimiento y la transitoriedad de sus vidas pero, **superar el narcisismo infantil**, es

reconocer y aceptar que no soy el centro del universo, que debo esforzarme para lograr lo que necesito y deseo, que no soy omnipotente, y por lo tanto hay cosas que voy a alcanzar y otras no, lo que demanda a su vez, la necesidad de aprender a tolerar las frustraciones propias de la vida a partir de los límites que impone la realidad...

Los adultos tenemos que aceptar que no nacimos sabiendo, que siempre tenemos cosas por aprender y que, en ese camino, cometeremos errores. Errores que no se pueden tapar sino incorporar para seguir adelante. El adulto tradicional se presentaba como "perfectamente adulto".

Nosotros, los adultos actuales, tenemos que aceptar que nunca lo seremos y no pretender ante los demás otra cosa. **SER ADULTO NO SIGNIFICA OCULTAR ESAS LIMITACIONES SINO ACEPTARLAS.**

Superar el narcisismo implica también, revalorizar el rol adulto y asumir que tenemos autoridad para ejercerlo, no renunciando a su experiencia y su saber para tratar de parecer "joven".

¿Qué nos queda a los adultos cuando renunciamos a nuestra experiencia y nuestro saber? Y aún cuando nuestros jóvenes sean diferentes a nosotros cuando lo éramos, no significa que nada de nuestra experiencia les sirva...

Todas estas consideraciones nos ponen frente al reto y la obligación de dejar de lado las recetas y asumir el trabajo de pensar en cada una de nuestras familias, con nuestros chicos, con nosotros mismos, qué queremos hacer.

Comprar recetas, comer chatarra intelectual es renunciar a desarrollar criterio propio, es hacerse adoptar por quien se ofrezca con tal de no depender de uno mismo porque el abuso de los consejos y la "autoayuda" genera mayor dependencia y nunca independencia de criterio.

Las recetas y los gurúes tienen el encanto de funcionar como lo hacían nuestros padres en el pasado, diciendo que "hay" que hacer, evitando la angustia de pensar y decidir por cuenta propia.

Pero tolerar la angustia es el único motor del que disponemos para encontrar soluciones para ponernos en movimiento... trabajar para llegar a acuerdos para la convivencia.

Sentirse adulto: Responsabilidad, Independencia, Trascendencia, Soledad

Asumir el rol adulto en el marco de todos los planteos anteriores, nos lleva a experimentar ciertos sentimientos que son propios de este momento de la vida.

Joan Corbella Roig, enumera una serie de sentimientos que experimentamos los adultos y que, también, de algún modo, nos definen.

El primero es el sentimiento de **Responsabilidad**, que es el sentimiento primordial en la adultez que implica ir más allá del yo personal y responsabilizarse de una serie de personas que puedan depender de él. Tiene responsabilidad en el desempeño laboral o profesional en la medida en que va contribuyendo al desarrollo y el bienestar de la sociedad en la que vive...

Frente a estas responsabilidades el adulto experimenta otra serie de sentimientos que aparecen como formando parte de un continuo que oscila entre extremos que muchas veces son vividos como contradictorios.

Surge así el sentimiento de **Dependencia-Independencia**, porque si bien es indudable que los adultos tenemos mayor independencia respecto de las situaciones que habíamos vivido hasta entonces, nos encontramos con otras dependencias mucho menos manejables que las anteriores. Por ejemplo, la normas sociales, el trabajo, los superiores, la pareja, etc...

Estos sentimientos anteriores nos llevan muchas veces a experimentar la **Soledad**, dado que a la hora de tomar decisiones, a pesar de tener pareja, amigos y familia, es inherente al rol adulto la sensación de tener que vivir por cuenta propia y eso no nos lleva muchas veces a sentir que estamos solos frente a determinadas situaciones.

En la medida en que somos responsables, independientes y solos, oscilamos entre la sensación de **Seguridad e Inseguridad**. Nuestra seguridad personal dependerá más del concepto que tengamos de nosotros mismos que de las opiniones que tengan los demás. La inseguridad no se manifiesta sólo frente al presente, sino también en relación al futuro.

Por último, el autor señala un sentimiento que tiene que ver con cuestiones más profundas y existenciales.

Los adultos nos encontramos frente a experiencias de **Trascendencia-Intrascendencia**. Hay adultos que en su juventud no tuvieron ideales ni proyectos y se plantearon la vida como una lucha por la supervivencia, impidiéndoles esto disfrutar de una experiencia vital agradable. Este

individuo prosigue un camino trazado y se le dificulta mucho reflexionar acerca del sentido de su vida... Otros adultos que tuvieron ideales, se sienten desengañados, porque descubrieron que su tranquilidad y su felicidad no pasaban por los objetivos que había creído definitivos. Así se conforman con ir gozando con el paso de los días, pero sin grandes motivaciones y anhelos para vivirse

Entre estas dos posturas, encontramos una tercera posibilidad que tiene que ver con aceptar que las ilusiones de la adolescencia tenían más que ver con el deseo omnipotente que con la realidad, pero no se dejan llevar por la indiferencia o el hastío de la vida. Se buscan y plantean sus propios sentidos, descubriendo que la trascendencia no pasa necesariamente por “tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro” sino por asumir con compromiso lo cotidiano, disfrutar de los logros que han alcanzado y por los que se proponen como meta para seguir alcanzando.

¿Para qué el adulto?

Podríamos preguntarnos ahora ¿por qué es importante que los adultos no renunciemos y no abdicemos de nuestro lugar?

Aquí es importante tener en cuenta que seguir pensando al adulto como si todos los problemas derivaran solamente de sus excesos autoritarios no nos deja ver con claridad los que derivan de la demagogia y también de la inseguridad...

En las últimas décadas hemos comprobado los efectos negativos de todos estos extremos y también vemos qué pasa cuando un chico crece “libre de adulto”.

Crecer libre de adulto, significa crecer sin límites ni referencias, y si bien es cierto que la represión autoritaria causa estragos en la personalidad, también los causa el exceso de permisividad. En estos casos hemos confundido la libertad con la anarquía y estos hijos, lejos de ser creativos y auténticos, muchas veces son insoportables y tiránicos.

Les resulta imposible aceptar un límite y tolerar algún tipo de error, cosa que no les permite aprender.

Si lo pensamos desde el Psicoanálisis, la crianza de los niños sin ciertos límites no permite que salgan del narcisismo en el cual han nacido. Crecerán sin limitar su omnipotencia, sin poder postergar la satisfacción de sus deseos, sin reconocer a los otros para desarrollar amor hacia ellos y sin capacidad para amarse lo suficiente a sí mismos como para cuidarse.

Tememos que el niño nos odie cuando le ponemos un límite, y la teoría y la experiencia sostienen que nos termina odiando –e incluso desarrollando incapacidad para amarnos- cuando no le dimos una noción suficiente de límite que le permita vivir en sociedad.

Esto nos obliga a nosotros, los adultos a mantenernos dentro de ciertos límites y exige, naturalmente que “haya un adulto”

Manifiesto Adulto

Para concluir estas reflexiones, nos pareció apropiado compartir el “Manifiesto” con el que Silvia Di Segni Obiols cierra la obra que hemos estado comentando.

Es un desafío, pero también una aventura rica de posibilidades y satisfacciones...

MANIFIESTO

Nosotros, los adultos, tenemos que ocupar nuestro lugar ante las otras generaciones. Ser adulto no significa dejar de disfrutar, de reír a gritos, de emocionarse, de apasionarse, de jugar; significa saber cuándo no tiene sentido hacerlo. Significa, básicamente, terminar la niñez y la adolescencia en aquello que nos impide manejarnos bien con la propia realidad y con los otros; abandonar la omnipotencia, reconocer a los otros con sus necesidades y deseos, aprender a esperar, adquirir autonomía.

Abandonar la omnipotencia es imprescindible para no creerse Dios ante los demás y para no sentirse irrompible ante uno mismo; reconocer a los otros supone preocuparse por conocerlos, escucharlos, aceptar las diferencias, gastar tiempo y esfuerzo en llegar a acuerdos.

Durante siglos nos ubicamos en un lugar especial del que caímos abruptamente; llevamos algunas décadas en crisis, es hora de que salgamos de ella.

Debemos ocupar el rol nosotros mismos, en cada casa, en cada escuela. No esperar que otros cubran el lugar que dejamos vacante y adopten a quienes dejamos huérfanos; no pedir a gritos que alguien, una figura fuerte, autoritaria –o incluso nuestros hijos- nos adopte a nosotros.

Ocupar el rol significa delimitar claramente qué podemos hacer y qué no; buscar el apoyo de pares para lograr lo que individualmente sea más difícil.

No significa renunciar a la diversidad, sino, por el contrario, defender esa diversidad a todo costo.

Debemos salir de la Torre de Babel en que vivimos, dando lugar a acuerdos mínimos, reales, no de forma; que nos permitan actuar en conjunto y contener con cierta coherencia a los más jóvenes.

Contamos para ello con posibilidades de comunicación y conocimientos que no tuvieron las generaciones anteriores, no podemos desperdiciarlos.

Ocupar el rol nos obliga a buscar información, a pensarla críticamente. Ser adulto significa, entre otras cosas, que disponemos de nuestra capacidad de pensar. No podemos dejar de usarla.

Silvia Di Segni Obiols

Bibliografía

CORBELLA ROIG, Joan
1993 **Psicología evolutiva.** Barcelona, Folio.

DI SEGNI OBIOLS, Silvia
2002 **Adultos en crisis, jóvenes a la deriva.** Bs. As. Ediciones Novedades Educativas

ABADI, José Eduardo
2002 **Pasaporte para la vida.** Bs. As. Atlántida.

MONTERO, Julio Guillermo
2005 **La travesía por la mitad de la vida.** Bs. As. Homo sapiens-